

# Violeta Quevedo: Un Milagro Permanente

Por Braulio Arenas

José Zamudio, para comunicarnos el fallecimiento de Rita Salas Subercaseaux, empleó (deliberadamente) la frase peculiar chilena:

—Se nos fue la Violeta!

Debemos confesar que, al principio, creímos que Violeta Quevedo había emprendido uno de sus incontables viajes, pero, a renglón seguido, caímos en la cuenta de que esta vez se trataba del viaje sin retorno.

Ella se había ido, porque era una ida, en el decir de algunos. Era, también, una paseandera, una viajera, una andariega (esto, en el mejor sentido de la palabra).

Ahora nos preguntamos: ¿por qué esa sed, por qué ese vértigo, por qué esa necesidad del desplazamiento constante?

No lo sabemos...

Pero sí podemos asegurar que ella no estaba tranquila en ningún sitio, sino que, de la noche a la mañana, hacía sus maletas, y qué maletas!, tomaba a su hermana Sofía de la mano—a su constantemente moribunda hermana, tan moribunda como ella misma— y salía corriendo, no como "alma que lleva el diablo", sino como "alma que lleva el ángel".

Era el suyo un ángel de todo fuego y de toda velocidad, y este ángel la obligaba a partir siempre, a estar siempre dispuesta para el viaje.

Como Paul Claudel, ella también podía declarar que, casi diariamente, estaba recibiendo ese famoso, ese anónimo cablegrama compuesto de una sola palabra, de una sola orden: "¡Partid!"

Ella nunca dejó de obedecer al misterioso mandato, ni siquiera en las peores circunstancias. Hacía a prisa sus maletas, y de ahí en adelante: ¡que sea lo que Dios quiera!

¡Y vaya si Dios no la puso a prueba en este camino de imperfección que se llama vida!

La hizo allegarse a cantidad de hogares donde no a menudo se le ponía buena cara: la hizo equivocarse de idiomas, de trenes y de monedas en sus viajes; la hizo hacer, sin ayuda de nadie, su declaración de impuesto a la renta; la hizo subir, muy vertical, a la Torre de Pisa; la hizo perder a su madre, a su padre y a su hermana; la hizo conocer la sordidez de las casas de pensión; la hizo echar sólo una mirada de reojo al paisaje de Asís, porque ya todos sus compañeros de peregrinación temían perderse el próximo paisaje; la hizo permanecer en extrañísimos hospitales, en los que casi la operaron de una dolencia que no padecía; la hizo que la estafaran los contratistas; la hizo abrir su cartera justo para no encontrar allí ni siquiera el último centavo; la hizo soportar el despiadado registro de inflexibles aduaneros; y, para colmo de tantas pruebas, le ordenó que se convirtiera en escritora.

Ella, por su parte, siempre recibió estos mandatos de la Providencia con afable semblante, con ejemplarizadora humildad y con radiante energía. Nunca con una protesta. Por el contrario, con salud y con entusiasmo.

A la manera de Paulo de Tarsos (levantándose, ciego, después que Dios en el camino de Damasco le aniquilara con un rayo), nuestra patriota se erguía, tras cada golpe, preguntando como el santo viajero:

—Señor, ¿qué debo hacer?

Y he aquí que, inmediatamente, recibía el famoso cablegrama, en el que se le ordenaba que partiera, que lo dejara todo, que se dirigiera a Londres, a Nueva York o a La Serena, verbigracia.

Cierto es que la sostenía el milagro—o que ella invocaba el milagro para sostenerse—, pero esto sólo en la medida en que ella sabía suficientemente bien en qué mundo se encontraba y con qué pícaros hombres tenía que lidiar, y cuán necesaria le era, por consiguiente, una poderosa ayuda para sus flacas fuerzas.

De ahí que se encomendara en cada nueva empresa que emprendía (con la creencia ciega en su protección) al Niño Jesús de Praga, a la Virgen del Carmen, a Santa Teresita, a San Francisco de Paula, a Santa Margarita de Alacoque, a San Vicente Ferrer y otros, para protegerse de las asechanzas de la realidad.

"¡La Fe! (exclamaba), único pensamiento capaz de saciar nuestra alma, virtud que nos hace felices en nuestra nada y que nos mantiene en el mismo borde del abismo..."

Sabiéndose desamparada en este mundo, Violeta se sabía, no obstante, en buenas manos, mediante su desesperada y ferviente entrega a Dios. Agreguemos que el cielo nunca dejó de concederle su auxilio. Este auxilio podrá parecer mínimo, y hasta chistoso, a algunas personas insensibles, pero es de reveladora gravedad y eficacia, según ella. Gracias a este auxilio se la hace aterrizar, sana y salva, en la planta baja de un edificio, habiendo tomado el ascensor en el piso octavo; o se la inspira súbitamente: "¡dirígete a un hotel!", cuando no sabe qué hacer, recién llegada a una ciudad desconocida.

Repetimos, podrán parecer mínimos estos milagros, pero, ¡caramba que nos son útiles legado el caso!

Recordemos otro más: Violeta cae en París a medianoche, después de un largo viaje. Llega cansada, enferma, sin fuerzas ya, y arrastrando una pesada maleta hasta la rue Hamelin... No puede más...

¿Y qué hace entonces?

Pues, lo más simple y directo; ¡encomendarse al Supremo Hacedor!

Inmediatamente, en este París solitario, sin un transeúnte a 100 cuerdas a la redonda, en este París de medianoche, surge un joven venido quién sabe de dónde. Solicito, sin que nuestra heroína intervenga, le toma la maleta y le anuncia: "Yo le llevaré su equipaje, señorita. Esto no lo he hecho por nadie, pero lo haré por usted". Violeta: "Pero si apenas tengo dinero... No sabría cómo pagarle". El misterioso protector le informa que no siente el menor apego por el dinero.

"¡Bendito sea Dios cómo vela por sus criaturas—comenta la señorita Quevedo—, este joven no se da cuenta que la Providencia en estas circunstancias hace mover los corazones".

Como epílogo del milagro, diremos que llegaron al hotel, ella muy campante y él con la maleta al hombro. Después de darle un millón de gracias, la primorosa Violeta le regaló un franco por vía de propina, dejando al oportuno conductor muy sorprendido.

Igualmente, personas insensibles reprocharán a la señorita Quevedo andar con "el credo en la boca", invocando a Dios a cada paso... Pero, ¿qué querían que hiciera, si todo era amenazante a su alrededor, y si solamente Dios, la Virgen María, los serafines, los ángeles y los santos se mostraban misericordiosos con ella?

¿A quién recurrir, si no? Se pensaría que algunos parientes, amigos, corredores de propiedades y agentes bursátiles también le "dieron una manito", pero esto suceda precisamente después que Violeta llegaba hasta las cerúleas regiones con sus plegarias. Así, los terrícolas eran simples cumplidores de las órdenes emanadas del Más Allá para proteger a la desamparada criatura.

Ya que tan favorable para sus oraciones se presentaba el cielo, sería posible pensar que la escritora pretendiera obtener un cierto aprovechamiento industrial del milagro. ¡No!, apresuremos a responder, puesto que del milagro ella únicamente solicitaba el mínimo, el que le permitiera respirar e ir pasando.

¿Y para qué necesitaría algo más? Ciertamente es que en algún momento también tuvo algunas pretensiones terrestres. Por ejemplo:



poseer un chalet en Magdalena Vicuña, con chimenea y con paisaje por los cuatro costados.

Pero acto seguido reconoció que su chalet no era de este mundo, y que en toda ocasión "la morada interior" se le escaparía de las manos, y sólo le estaría permitido tener por techo "la morada exterior". Es decir, la intemperie, los achaques financieros, las enfermedades y la muerte.

Pero, afortunadamente para nosotros, según lo sabemos por personal testimonio de la autora, la Providencia le ordenó que escribiera sus experiencias, como ejemplo para almas tan piadosas como la suya. Ella aceptó humildemente la orden venida de lo alto, no porque se sintiera escritora, sino para dejar imperecedero y público testimonio de la bondad divina.

Ella nos habla de una voz invisible que la empujaba a escribir: "Cada una hace lo que puede. Si te estorban las críticas malévolas, no te importe. Acuérdate que un nombre humilde llevas, y manos a la obra. Te obsesio este tintero que te ayudará para tus matices, y no seas floja. Busca tú la lapicera, papel y goma para tus borrones y relata como mejor puedas, pues ahora son los tiempos de evolucionar en todo y activar y dar más gracias a Dios".

Como escritora, Violeta se realizó con la misma eficacia con que se había desenvuelto como viajera, y no retrocedió ante ningún obstáculo. Ella vendió personalmente los ejemplares de "El Ángel del Peregrino", llegando a ser "una bala" como colocadora de su "producto".

Pronto su fama se extendió como reguero de pólvora, y comenzaron a circular frases "a lo Violeta Quevedo". De este orden sería la siguiente: "Fui al Museo del Louvre. El cuadro que más me gustó fue el 418".

Este reguero de pólvora pronto hizo estallar el polvorín, y la señorita Quevedo se convirtió en una escritora profesional, cuyas obras eran prontamente agotadas, tanto que en la actualidad pasan sus escritos por ser trofeos de bibliófilos.

Nosotros fuimos sus admiradores—extraoficiales—desde el primer momento, y aún en este día mantenemos la misma afición por su lectura. Nos mueve el asombro por su naturaleza angélica, por su exuberante estilo, por el torrente de la narración, por sus inesperados rasgos de comidad, por el carácter imprevisto de las escenas y por la creencia salvadora que la anima para explicarnos su agónico tránsito por el mundo.

Esta agnía, este combate, está latente en una y otra obra de la gentil patriota, quien ha sabido alliar, prodigiosamente, lo real y lo irreal, lo mágico y lo cotidiano, lo sobrenatural y lo natural.

Violeta se mantiene inmutable en el tiempo: misteriosa, sofisticada, creyente, viajera, espontánea, enérgica, sufrida y obediente, sin que este tiempo devorador le haya hecho perder el menor encanto a su escritura: una escritura gótica por fuera y de poesía por dentro.